

Evocación Martiana en California

P O R
MANUEL PEDRO GONZALEZ

YO la sabía residiendo a pocos minutos del barrio en que vivo, y aun conocía a su hija que desde hace años trabaja en esta Universidad de California en Los Angeles. La hija sabía de mi fervor martiano y me había invitado a que fuese a verla y a charlar con ella. Yo deseaba ardientemente este contacto con el único superviviente que estuvo en íntima relación con José Martí y fué objeto de su amor y su ternura durante los últimos diez o doce años de su vida y, no obstante, había dejado transcurrir más de un lustro sin realizar el anhelo. Sucede así con frecuencia. Sin darnos cuenta nos dejamos gobernar por las menudencias cotidianas, y sin quererlo ni de ello tener conciencia posponemos a veces aquellos actos de los cuales derivaríamos mayor deleite espiritual —la carta al amigo leal, la visita a un ser querido, el concierto que más nos apasiona o la lectura del libro deleitoso y hondo. La rutina que preside nuestras vidas nos tiraniza y condiciona.

Por fin, con ocasión de una solemnidad académica que consagró al estudio de Martí en sus relaciones con los Estados Unidos, tuve la honra y el placer de conocer a María Mantilla de Romero, la hija bien amada de José Martí. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en el salón de conferencias. Fué el inicio de nuestra amistad y de una serie de charlas en las que durante muchas horas he escuchado con reverencia la evocación de aquel magno espíritu a quien los cubanos no han sabido honrar todavía. Porque a Martí no se le honra con discursos palabreros, ostentosos monumentos o chirle garrulería periodística. La única forma digna en que podemos enaltecerlo y venerarlo es la emulación en la conducta decorosa y recta. Este es precisamente el monumento de que Martí carece en Cuba. Los mismos que en público pretenden exaltarle con arteras peroratas o con falaces y sandios panegíricos, son con frecuencia los primeros que lo traicionan con su vitanda conducta. Son muchos los que han hecho almohada de su recuerdo y en su nombre immaculado se han amparado muchas vilezas. No en balde se ha mancillado su noble perfil grabándolo en las pecunias —como dijera Juan Marinello hace años.

María Mantilla de Romero vive en los alrededores de Los Angeles, en un barrio apacible, embellecido por la abundancia de árboles y flores. La casa que habita la fabricó hace años su hijo César, el bien conocido artista cinematográfico. Es amplia y la rodean eucaliptos y otros muchos árboles, entre los cuales no faltan los cubanísimos aguacates o "avocado trees" como aquí los llaman. En el patio frontero tanto como en el traspatio, mucho césped y abundancia de flores.

En este sosegado apartamento vive la hija de aquél de quien todos somos deudores en la América ibera. Sus días transcurren en reposada soledad, pues su esposo pasó a mejor vida no ha muchos meses todavía y los dos hijos que viven con ella —María y César— tra-

bajan. (César acaba de regresar de una larga temporada en la India con escala en Inglaterra al regreso. En ambos países filmó sendas películas.) En esta sencilla mansión se deslizan serenos y uniformes los días para María Mantilla de Romero, urna viva de añoranzas y recuerdos cubanísimos.

A los setenta años goza de excelente vigor físico y mental. Su memoria es prodigiosa y de una fidelidad fotográfica. Durante horas y horas la he sometido a ruda prueba y en ningún momento le ha fallado. Sus recuerdos de Martí son tan vivos y diáfanos como si sólo una década la separara de él. Yo la he acosado a preguntas, a veces sobre detalles intrascendentes, y en ningún instante la traicionó su maravillosa retentiva.

Sus remembranzas son precisas, concretas, como si la imagen querida se nubiera grabado indeleblemente en su sensorio. Al evocarla se exalta y como que se ilumina. Cierta incontenible fervor matiza entonces sus reminiscencias. La palabra se le torna ardiente y viva, acentuado el gesto y enérgico el ademán. Como de un ánfora sagra-

retentiva la dilecta imagen del hombre cordialísimo, noble, siempre codicioso de cariño y pródigo a la vez del inagotable manantial de su ternura.

Yo me limito a estimular su recordación y a observarla atentamente. Es entonces, en la evocación de los recuerdos amados y lejanos, cuando más idéntica a la de Martí se nos revela su fisonomía. El gesto y el ademán realzan ahora el parecido. Los retratos que de ella se han publicado en Cuba hasta ahora no acusan esta identidad. Quizás se ha acentuado con los años al atenuarse los rasgos más femeniles y distintivos que alcanzan máxima expresión en la juventud. Contemplándola personalmente, su rostro es una réplica fiel del de Martí en los últimos años. Por eso le pedí que se hiciera retratar de frente, sin alterar el peinado ni retocar la fotografía. Así lo hizo. Obsérvela el lector con atención y verá que es "el vivo retrato" del Maestro. La frente amplia y noble, la boca fina, perfilada la nariz y perfecto el óvalo. Las cejas arqueadas, los ojos rasgados que a ratos vela una sombra de melancolía, y como ade-



"Por eso le pedí que se hiciera retratar de frente, sin alterar el peinado ni retocar la fotografía. Así lo hizo."

da fluyen entonces de su memoria nítidas visiones de rostros y paisajes — recuerdos de paseos dominicales con Martí, de lecciones embellecidas por la ternura y la imaginación poética del tutor incomparable, de advertencias y consejos paternos, pormenores de su intimidad, detalles de su parca indumentaria, de sus hábitos y costumbres en el regazo de la vida familiar, y de vez en cuando una anécdota sugestiva y graciosa. Sobre todo se mantiene inalterable en su

cuadro marco el cabello ya plateado. Pero en la contemplación directa, el parecido se destaca aun más que en esta instantánea. Según ella, de todos los retratos de Martí, el que mejor lo representa conforme ella lo recuerda es el que se sacó en Jamaica en 1892. Con éste y con otros posteriores guarda una estrecha similitud la cabeza airosa, de admirables proporciones, de María Mantilla de Romero.

La evocación se interrumpe a menudo porque se interponen otras

sombras augustas. Estas imágenes irrumpen en el cuadro de sus recuerdos como invocadas o congregadas por el sumo espíritu de aquél que a todos presidió e iluminó: Estrada Palma, Máximo Gómez, Gonzalo de Quesada, Manuel de la Cruz, Luis Baralt, Federico Edelman, Serafín Sánchez, Fermín Valdés Domínguez, Rafael Serra, Juan Fraga y tantos otros a quienes ella conoció de niña junto al Maestro, ora en New York ora en su casita de Central Valley. Toda la galería de acrisolados patriotas desfila ahora ante mis ojos como en un film. Ella era una parvulilla de ocho a doce años cuando los conoció. Debí ser observadora y precoz porque estas imágenes se mantienen firmes en su memoria. A todos los ubica en un lugar o ambiente determinado y a cada uno lo recuerda en su especial circunstancia. A veces la estampa se acompaña de una anécdota divertida o chusca, otras veces es grave o solemne. Así cierto patriota de la hornada del 96 se le aparece como espíritu retozón y picaresco que siempre que iba a visitarlos en Central Valley se complacía en escamotearle las manzanas que don Tomás cosechaba en su huerto y de las cuales era muy avaro.

Así pasan las horas contemplando la procesión de sombras venerables que cual mariposas en torno a la luz revolotean y se agitan junto a Martí en el fiel diorama de sus recuerdos. Por último la charla recae sobre las reliquias que de Martí posee. Ella se apresura a mostrármelas. Trae una especie de urna o arquilla de metal y pone en mis manos lo único que atesora: los originales de las cartas que Félix Lizaso dió a conocer en preciosa edición facsímil con el título de "Cartas a una niña", el manuscrito incompleto del "Diario" que generosamente le donó el hijo de don Manuel Sanguily y el grillo simbólico. Es todo. Yo sostengo en mis manos estos venerados tesoros con la transida emoción que debe sentir el sacerdote al aprisionar la eucaristía entre sus dedos. Luego inquiero sobre otros objetos: libros, juguetes u otras bagatelas que la ternura paternal debió obsequiarle. Todo se perdió durante una inundación del sótano en donde la familia había depositado temporalmente el baúl que contenía estas dádivas.

Han transcurrido exactamente tres horas durante las cuales pareceme que también yo he acompañado al Maestro a la escuela nocturna de New York, o a la clase de la Liga o en los paseos dominicales en Central Valley. Son ya las seis de una de estas tardes diáfanas de la primavera californiana. El horizonte empieza a desplegar sus oros y sus gualdas y las montañas sus infinitos matices de lila y violeta. Me despido de María Mantilla de Romero, pero me llevo ya grabada para siempre en mi memoria la dilecta imagen por ella evocada. En aquella mansión apacible tiene José Martí un santuario vivo. Como en un relicario guarda María el querido recuerdo. Y yo he tenido el privilegio de contemplar aquella frente que Martí besó y aquella noble cabeza que acariciaron sus manos y aquellos ojos que copiaron la efigie del hombre más puro y grande que América ha producido.